

EL ANIVERSARIO

EL CERTAMEN PROYECTA EL 'FINAL CUT' DE ESTE CLÁSICO INDISCUTIBLE DE LA CIENCIA FICCIÓN, DE CUYO ESTRENO SE CUMPLE UN CUARTO DE SIGLO.



DIRECTOR: Ridley Scott INTERPRETES: Harrison Ford, Sean Young, Rutger Hauer, Edward James Olmos PAÍS: EEUU AÑO 1982 HORARIO Y LUGAR: Martes, 9. 11.30 horas // Miércoles, 10. 0.45 horas. Auditori Melià. **SESIÓN ESPECIAL HOMENAJE**

SERGI SÁNCHEZ
ssanchez@elperiodico.com

Rick Deckard era un replicante. Nadie se dio cuenta de ello hace 25 años, cuando *Blade Runner* llegó a los cines abriendo en canal un futuro superpoblado, sacando las entrañas de una ciudad que parecía la hiperbole oscura y lluviosa de Hong-Kong, habitada por un policía que persigue a cuatro peligrosos replicantes, andróides con apariencia humana que aspiran a vivir lo que viven los hombres.

Nadie se dio cuenta de que, detrás de su portentoso diseño de producción, camuflada bajo las cenizas de una metrópolis saturada de referencias pictóricas, arquitectónicas y cinéfilas, había una obra maestra de la ciencia-ficción. Tuvieron que pasar diez años para que Ridley Scott incluyera la famosa secuencia del sueño del unicornio, aligerara la voz en *off* de Rick Deckard (híeratico a la par que romántico Harrison Ford) y

Blade Runner

eliminará el final feliz impuesto por la productora, consiguiendo así que *Blade Runner*, película avanzada a su época, encontrara su lugar en el mundo. Quién sabe si por oportunismo o por amor loco a uno de los pocos títulos realmente destacables de su errática carrera, Scott ha decidido relanzar *Blade Runner* remasterizando sus defectos, pudiendo la duración de algunos planos y reconstruyendo una secuencia de efectos especiales en la que la presencia del doble era demasiado evidente. Estos ajustes de til-

tima hora no son más que una urgente operación de tuneado para rentabilizar, una vez más, el genio de una película que, a estas alturas, necesita pocas presentaciones. Libre adaptación de la novela de Philip K. Dick, *¿Sueñan los andróides con ovejas eléctricas?*, *Blade Runner* trabaja con inteligencia

los tópicos del *film noir* (policía descreído, *femme fatale*, un *look* declaradamente retrofuturista) para situarlos en un porvenir siniestro y melancólico, lugar perfecto que los replicantes, liderados por el brutal Roy Batty (un memorable Rutger Hauer) se hagan preguntas metafísicas y evoquen recuerdos que se diluyen en la memoria como lágrimas en la lluvia. Porque, señoras y señores, el tema de *Blade Runner* no es otro que el sentido de la existencia, algo tan viejo y perenne como el mismo mundo.



» apunte

El secreto de la mente

Todo el mundo está de acuerdo ahora en que el siglo XXI será el siglo de la ciencia de la mente, del mismo modo que el siglo pasado fue el de la genética al descubrir la naturaleza de la molécula del ADN: el secreto de la vida, como se le llamó entonces. *Blade Runner* anticipó el secreto de la mente, del mismo modo que la exploración de la Luna fue una ventana que permitió anticipar a la gente lo que sería un día la exploración espacial.

Con la misma vocación de anticipar el futuro, la película apuntaba al poder arrollador de las emociones en el más siniestro, rígido y racional de los mundos. Por mucho rascacielos, *scalextric* y vuelos improbables en los que se desenvolvían los homínidos modernos, las decisiones fundamentales se seguían tomando –se seguirán tomando–, en base al corazón y no la razón. En aquel mundo futurista y complejo, el instinto de fusión entre dos organismos para garantizar su supervivencia –lo que era el amor hace más de tres mil millones de años y lo que sigue siendo ahora– marca el final de la historia.

La música de *Blade Runner* ha marcado a toda una generación. Nadie puede recordar una escena de la película sin ahogar, al mismo tiempo, la música enquistada en la memoria a largo plazo de todos los espectadores. Lejos de limitarse a ilustrar un contenido audiovisual, aquella música compete con los protagonistas de dos universos enfrentados, pero conciliados por el amor. La música es la protagonista con la misma dignidad y esplendor que los dos príncipes.

Aquella música barrantaba el escepticismo que ahora impregna el sentido del lenguaje. Una de las mejores canciones de la cantante Bebe se titula *Sin palabras* porque, en realidad, no hacen falta en el entorno emocional de todos los días. Una vez más, el filme anticipa el resultado de investigaciones científicas muy posteriores: la música precedió al lenguaje y, con toda probabilidad, aquella sigue siendo un atajo a la felicidad, mientras este lo es a la confusión y el engaño.

EDUARD PUNSET
DIVULGADOR
CIENTÍFICO

